

tanos y maniqueos; los verdes replican y dirigen á su jefe los epítetos de homicida, de asno y de tirano perjuro; los azules toman partido por su ultrajado jefe, y corre la sangre. Cuando el furor ha llegado á su colmo, la casualidad hace que se presenten unos criminales de ambas facciones condenados al último suplicio, y los azules y los verdes se unen para libertar á los prisioneros; el prefecto resiste, pero bien pronto su palacio es presa de las llamas; fuerzan las cárceles y dan la libertad á la hez del pueblo. El fuego gana la magnífica catedral de Santa Sofía, devora un hospital con todos sus enfermos y destruye los edificios que eran obras maestras del arte griego. El cobarde Justiniano quiere fugarse, y se necesita que su mujer vaya á sacarle de un lugar excusado, recordándole que para un rey es el trono el más glorioso de los sepulcros. Después se reconcilia con los azules, y hace una guerra de destrucción á los verdes en que perecen más de 30.000. En seguida comienza la obra de la venganza, y Justiniano hace expiar cruelmente su miedo á los vencidos (1).

Hé ahí la felicidad material que el despotismo daba al imperio bajo un príncipe que era tenido por grande en medio de la decrepitud general de su raza. ¿Qué no sería si de la situación material pasásemos al estado moral? Los antiguos decían que el esclavo perdía la mitad de su alma; pero no tenían idea de la servidumbre voluntaria á la cual se somete un pueblo entero. El que quiera saber hasta dónde puede llegar la bajeza humana no tiene más que seguir á los grandes de Constantinopla en la antecámara de Teodora. La orgullosa meretriz se complacía en humillar á la aristocracia. Los hombres más ricos y más distinguidos iban á encerrarse en un estrecho gabinete donde el calor los sofocaba, y por más que la emperatriz rara vez se dignase admitirlos, corrían á toda prisa por temor de que se notara su ausencia; allí, sobre las puntas de los pies, con el cuello extendido y la vista fija en la puerta que daba paso al santuario de Teodora, estaban horas y horas sólo para ser vistos de los eunucos que entraban y salían. Después de larguísima antesala, solía recibir á uno ú otro de los patricios de Bizancio; y aquellos dichosos mortales, admitidos á la presencia de la diosa, no se atrevían ni

(1) PROCOPI., *de Bell. pers.*, I, 24; THEOPHAN., p. 278-280. GIBBON, c. 40.

aun á abrir la boca. Se arrodillaban, y abrazando los pies de la mujer pública, los besaban con el extremo de sus labios (1). Hé aquí lo que vino á ser la dignidad del hombre bajo el régimen imperial. No nos atrevemos á continuar esa triste historia; tememos que el lector tome odio á la especie humana (a).

§ IV. — Derecho de gentes.

La humanidad no es el privilegio de la cultura intelectual; es el fruto de la cultura moral, es una planta delicada que para prosperar necesita elementos favorables. Los Griegos brillaron por la inteligencia y el sentimiento del arte; pero en medio del más alto grado de gloria literaria, el derecho de guerra continuó siendo cruel. *Montesquieu* atribuye al cristianismo la dulzura de la política moderna. Sin duda que la educación cristiana ha entrado por mucho en él; pero la religión por sí sola hubiera sido impotente. El Bajo-Imperio era cristiano; el espíritu pacífico del Evangelio tenía allí mucha mayor influencia que en los países ocupados por las poblaciones guerreras del Norte; sin embargo, el cristianismo no produjo en Constantinopla más que bajeza. *Montesquieu* es quien nos lo dice: «Una mojigatería universal abatió los ánimos y enervó todo el imperio... Entre mil ejemplos no citaré más que el de Filipico, general de Mauricio, que, en la víspera de una batalla, se echó á llorar por la consideración del gran número de guerreros que iba á morir... Nicéforo quería conceder los honores del martirio á los cristianos que perdiesen la vida en la guerra contra los infieles; pero los patriarcas, los obispos y los senadores se opusieron vivamente á ello, diciendo que los guerreros que defendían el cristianismo eran culpables por verter sangre humana, y que para expiar aquella falta debían estar separados durante tres años de la comunión de los fieles. La humanidad no es la compañera de una estúpida mojigatería; por el contrario, requiere almas y corazones bien templados.

(1) PROCOPI., *Hist. Arcan.*, c. 13.

(a) Mr. Laurent no desconoce que el libelo de Procopio está dictado por la más sañuda venganza, pero lo copia á la letra. Refiere robos y cosas increíbles en un emperador que prodiga los tesoros del imperio en obras públicas y en larguezas para contener ó para atraerse á los Bárbaros. Pero conviene á su plan hacer de Justiniano un ente despreciable, como le convino hacer de Carlomagno un genio y un César Augusto, y allá van famas donde quieren historiadores. —(N. del T.)

El Bajo-Imperio no hizo conquistas: casi todas sus guerras fueron defensivas y terminaron por el desmembramiento del reino. Sin embargo, las luchas de los emperadores de Bizancio con los pueblos bárbaros fueron más crueles que las invasiones de los Bárbaros en el imperio romano. Un rey búlgaro hecho prisionero por Miguel el Tartamudo fué mutilado; se le cortaron los pies y las manos, y puesto sobre un asno, se le paseó por las calles que iba regando de sangre, en medio de los ultrajes del pueblo, y el emperador asistió á tan horrible fiesta (1). A principios del siglo XI, con un refinamiento de venganza increíble, se dejaron ciegos á 25.000 prisioneros; todo su crimen era haber defendido su patria (2). La crueldad contra los infieles llegó á ser casi un título de gloria. El emperador Constantino, que ha escrito el elogio de Basilio, cuenta los suplicios que su abuelo impuso á prisioneros musulmanes: había mandado desollar á unos, sacar á otros tiras de la piel desde la cabeza hasta los pies; levantarlos sobre garruchas para dejarlos caer en calderas de pez hirviendo, y decía el emperador que semejante bautismo era el conveniente para tales prosélitos (3). Era una regla del derecho de guerra en Bizancio la de dar muerte á los prisioneros en caso de que embarazasen.

Justiniano reconquistó las provincias que los Vándalos y los Godos habían quitado al imperio. Se ha elogiado la conducta generosa del vencedor; pero es á Belisario á quien hay que atribuir la gloria de la conquista y de la humanidad. Naturalmente humano aquel general, consideraba la justicia y la equidad como las mejores armas para obtener la victoria. Habiendo desembarcado en África con un puñado de combatientes para pelear con un pueblo poderoso, debió sus triunfos tanto á su dulzura como á su valor (4). Pactó con los vencidos. El único honor que se puede dar á Justiniano es el reconocer que fué fiel á los compromisos contraídos por su general. Pero se ve uno tentado á creer que hubo mucho de vanidad y de aparato en el recibimiento hecho al rey de los Vándalos, cuando se ve de qué manera trató á sus propios súbditos, los Africanos. Apenas había dejado el África Belisario, fué reemplazado por un intendente insa-

ciable, el cual, prevaleciéndose de la desaparición de los registros que acreditaban las notas de los antiguos tributos, dió rienda suelta á su codicia fiscal (1). Los Africanos, viendo que el gobierno de su legítimo soberano era más intolerable que el de los Bárbaros, se rebelaron; y como la opresión se fuese agravando cada vez más, concluyeron por echarse en brazos de los Arabes.

El mismo espectáculo presentó la Italia. En el saqueo de Nápoles, el ejército griego degolló, robó, destruyó, sin respetar el santuario de los templos. La voz de Belisario contuvo la carnicería: vencedor humano, la victoria le arrancaba las armas de la mano: mandó que fueran devueltos los hijos á sus padres y las mujeres á sus maridos (2). Pero el emperador no estaba á la altura de su general. Aun no estaba concluida la conquista, y envió á Italia un hábil intendente; el arte con que sabía raspar las monedas de oro sin que desapareciese el busto le había valido por sobrenombre el del instrumento con el cual se practicaba tan honroso oficio (3); y raspó tan bien á los Italianos, que éstos echaron de menos á los Godos; y cuando sobrevinieron los Lombardos, se vió á muchos súbditos del emperador que desertaban del imperio para buscar un poco de humanidad entre los Bárbaros. Oigamos el grave testimonio de San Gregorio el Grande acerca de la administración romana en el siglo IV; escribe á un obispo de Oriente (4). «No puedo deciros cuánto me hace sufrir el exarca; su malicia es más funesta que las armas de los Lombardos, y somos mejos tratados por los enemigos que nos metan que por los oficiales del emperador...» En una carta á la emperatriz añade el papa: «Acabo de saber que en Cerdeña hay idólatras y que los obispos no los instruyen. Pero se me dice que los que sacrifican á los ídolos lo hacen con el permiso del magistrado, que percibe un tributo del jefe de aquéllos. Que habiéndole censurado el obispo por tan inaudito tráfico, le respondió que había comprado tan caro su destino, que para pagarle necesitaba recurrir á todos los medios... La isla de Córcega, prosigue San Gregorio, está abrumada de impuestos hasta tal punto, que los habitantes tienen que vender sus hijos para pa-

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 48.

(2) GIBBON, c. 53.

(3) CONSTANTIN., *Vita Basil.*, núm. 61.

(4) PROCOPI., *de Bell. Goth.*, II, 81. — *De Bell. Vandal.*, I, 13, 17.

(1) PROCOPI., *de Bell. Vandal.*, II, 8.

(2) PROCOPI., *de Bell. Goth.*, I, 10.

(3) *Ψαλιδίον, forticula*, una especie de tijeras.

(4) GREGOR. M., *Epist.* v, 42, 41 (*Op.*, t. II, p. 769, 768).

garlos, lo cual hace que abandonen el imperio y busquen un refugio entre los Lombardos. ¿Qué pueden sufrir entre los Bárbaros que sea peor que el verse obligados á vender sus hijos?»,

Se ve que los que se calificaban de Bárbaros eran menos crueles que la administración fiscal de los emperadores. Los Arabes, á quienes los cristianos comparan á una tempestad, fueron llamados como salvadores por muchas poblaciones maltratadas del imperio. Después de esto, ¿lamentaremos todavía la invasión germánica y la conquista árabe? *Salviano* dice que los Galos y los Españoles

se sustraían por medio de la fuga á la hábil administración de Roma, y que encontraban más humanidad entre los Bárbaros, sus enemigos, que entre los Romanos, sus amigos. Se ha acusado de exageración al *Jeremías* cristiano; pero hé ahí un papa que nos dice que los más bárbaros de los Bárbaros eran todavía más humanos que los exarcas de Constantinopla. Verdaderamente es necesario estar tocado de ceguedad para no bendecir como un beneficio la terrible invasión que nos ha salvado del despotismo imperial.

CAPITULO II

EL GATOLICISMO Y LA IGLESIA GRIEGA

§ I.—El cristianismo griego.

El destino del cristianismo entre los Griegos se enlaza con una cuestión de inmenso interés: ¿tiene la religión poder bastante para regenerar á las naciones? Nosotros responderemos, con la historia del Bajo-Imperio en la mano, que cuando la corrupción ha viciado los elementos vitales de un pueblo, no puede ser salvado por las creencias, y que sólo la infusión de una sangre nueva puede devolverle la vida (a). La Europa debe esa regeneración saludable á los Bárbaros; la ha pagado con las ruinas de una cultura todavía brillante, la ha pagado con la muerte de millares de sus hijos; pero de aquel inmenso cataclismo ha salido trasformada,

(a) Esta es otra teoría singular con la que no todos podrán estar conformes. ¡Ay de la Europa! ¡ay del mundo! si fuera necesaria una irrupción de Bárbaros cada vez que una nación se postra y decae para levantarse y regenerarse. Postradas y enervadísimas casi todas las naciones de Europa bajo el imperio del despotismo y por la desviación y enmascaramiento de la idea cristiana, ¿por ventura, no se han levantado y regenerado todas sin necesidad de Bárbaros? ¿Y á qué es debido más que al poderoso y eficaz influjo de las ideas y de las creencias ese fenómeno de regeneración y de nueva vitalidad? Á monsieur Laurent le extravían sus preconceptos. Las exageraciones en pro y en contra de las ideas religiosas son funestas.—*(N. del T.)*

fuerte, capaz de presidir á un nuevo desarrollo de la humanidad. Los Griegos del Bajo-Imperio no pasaron por ese bautismo de sangre, y han perecido, sin que el cristianismo pudiese detener su ruina. Para que la religión fortalezca á los pueblos, es preciso que los hombres tengan todavía la fuerza necesaria para rejuvenecerse, y los Griegos ya no la tenían. A las naciones que dejan que sucumba la moral, el derecho y la libertad, les dice la historia: Vuestra suerte será la del Bajo Imperio.

Si los Bárbaros hubiesen destruido el imperio de Oriente como el imperio de Occidente, quizá deploraríamos aún en el día la pérdida de la civilización romana; tal vez diríamos: ¿Para qué los Bárbaros? ¿No bastaba el cristianismo para dar una nueva vida á la sociedad? Pero el Bajo-Imperio, aun cuando atacado por los Bárbaros, les resistió diez siglos: ¿regeneró la religión á los Romanos durante ese largo período, ó fué más bien la decrepitud romana la que inficionó á la religión? Los hechos responderán.

Juliano el Apóstata decía que jamás se convertiría un Griego á la adoración de un crucificado